



**José Marchena**

## **Poesías**

Odas

- I -

Sueño de Belisa

Belisa duerme: el céfiro suave  
agita la violeta blandamente;  
el arroyuelo corre mansamente,  
y el padre Tormes con su ruido grave  
teme inquietar su sueño regalado; 5  
el Sol desde el Ocaso  
lanza lánguidos rayos;  
el Amor recostado  
sobre el tierno regazo  
de Belisa, le guarda el dulce sueño. 10  
El cefirillo vivo  
en fragantes olores empapado,

retozón y lascivo  
ora el seno nevado  
agita licencioso, 15  
ora más atrevido  
el labio sonrosado,  
el labio de carmín besa amoroso.

¡Oh sueños verdaderos,  
sueños que a los mortales 20  
dicha pronosticáis o desventura<sup>86</sup>!  
Venid, venid ligeros:  
ablandad ¡ay! la dura  
condición de Belisa, y sus desdenes;  
y mis acerbos males 25  
mudad en un instante en dulces bienes.

Pintadle mi cariño respetoso,  
y mi amante constancia y mi firmeza,  
y mi ardiente pasión impetuosa;  
quizá que ella piadosa 30  
deponga su fiereza,  
y me quiera una vez hacer dichoso.

Sueño; pues tú amansaste los rigores  
de la que el dulce canto  
de Batilo esquivaba, 35  
de Batilo el honor de los pastores;  
si te mueve mi llanto,  
mi llanto que apiadara la onza brava,  
de mi Belisa muda los desvíos  
y... Mas ella despierta, 40  
y su dulce sonrisa  
es una prueba cierta  
de que el Sueño escuchó los votos míos.  
Mas ¡ay! que ella me llama; fuente pura,  
pintadas florecillas, 45  
y vosotras parleras avecillas  
celebrad a porfía mi ventura.

- II -

Belisa en el baile

Cual rosa sobresale entre las flores,  
o cual la luna en la mitad del cielo

a las estrellas todas señorea;  
cual entre chozas de pajiza aldea  
se levanta del suelo 5  
el erguido palacio; así Belisa  
abrasando de amor a mil pastores  
entre las zagalejas sobresales,  
y todos los zagales  
la danza y las pastoras descuidando 10  
absortos a Belisa están mirando...

Los sus ojos de fuego  
que de un azul brillante  
el Amor ha pintado  
doquiera que los pone abrasa luego; 15  
ni hay corazón helado  
que su mirar no encienda en un instante.  
El rubio y rizo pelo  
en ondas mil de oro al aire dado  
por el cuello nevado 20  
desciende en largas trenzas hasta el suelo.  
Cual se ve entre celajes  
Febo en Abril sereno  
ya cerca de Occidente,  
tal por entre las gasas y plumajes 25  
se columbra tal vez el blanco seno  
y su pecho que late blandamente.  
Mas ella a danzar sale: las zagalas  
le ceden envidiosas  
el puesto: avergonzadas 30  
la maldicen llorosas  
con su belleza airadas;  
mas la pastora amable  
desarma su furor con risa afable.  
¡Cuán concertadas son sus cabriolas! 35  
¡Cuán muelle el paso! ¡Qué animado el gesto!  
¡Qué viveza en la acción! ¡Cuánta finura  
del cuerpo en el contorno delicado!  
Las Gracias y el Amor la han maestrado  
y a rendir corazones la han dispuesto. 40  
¡Oh fatal condición! ¡Oh pena dura!  
Belisa, que los Cielos han formado  
para inspirar amor a los mortales,  
de amorosos cuidados  
exenta y libre su poder ignora. 45  
Amor; tu harpón dorado  
asesta y hiere de Belisa el pecho;  
yo besaré gustoso mis cadenas;  
voluntario me echo  
el dogal apretado, 50  
y de hoy más tu cautivo me confieso,  
si tus grillos de lirios y azucenas

a mi Belisa echases  
y en una misma cárcel nos juntases.

- III -

El estío

Del álamo frondoso  
las verdes hojas ya se han marchitado;  
el segador cansado  
en mitad de la mies toma reposo.  
Por aquí un arroyuelo bullicioso 5  
con aguas cristalinas corrió antes,  
ora un aire inflamado  
y de la seca arena el polvo ardiente  
enciende al fatigado pasajero.

Un delicioso otero 10  
del Tormes rodeado  
con su sombra suave nos convida,  
do el aromado ambiente  
del céfiro empapado  
en olores fragantes 15  
de millares de flores  
su blando soplo espira a los amantes.  
Todo respira amores;  
las tiernas palomillas  
con ardientes arrullos repetidos 20  
muestran su amor; las tristes tortolillas  
con profundos gemidos.

Allí, mi bella Emilia, viviremos  
lejos del mundo, libres de cuidados;  
las vacas por el día ordeñaremos; 25  
ornaré yo tus sienas  
de azucenas y rosas,  
y en amantes delicias anegados  
de la vida las sendas espinosas  
sembraremos de bienes. 30

Emilia, bella Emilia, ¿qué tardamos?  
Huye la vida, y vuela presurosa;  
antes que nos sepulte eterno sueño  
¡ay! ¿por qué los placeres no gustamos?  
Olvidemos la ciencia fastidiosa, 35

depongamos el ceño,  
a Amor sacrifiquemos  
y sus dulces deleites ¡ay! gocemos.

- IV -

A Meléndez Valdés

Desciende, del sagrado  
monte, Calíope santa, y las loores  
de Batilo me inspira; dí cuál fuera  
de los brazos de Baco y los amores  
por Temis arrancado; 5  
cuál la Diosa severa  
blandir le enseña la amenazadora  
espada del delito vengadora.

La espada que tajante  
en tu mano, Batilo, al poderoso 10  
opresor amenaza herida y muerte.  
Ya pálido el malvado poderoso  
vacilar su constante  
potencia de tu fuerte  
brazo impelida mira, y ya caído 15  
asombro es del tirano aborrecido.

Temis torna a la tierra  
y en Celtiberia pone su morada;  
por ti, justo Batilo, desde el cielo  
a los mortales otra vez bajada; 20  
la codicia, la guerra  
sangrienta, ya del suelo  
celtíbero huyen lejos, y vencidos  
al cielo alzan los monstruos sus bramidos.

Otro tiempo el Tonante 25  
sus rayos encendidos fulminaba  
contra el tirano duro y ambicioso;  
su fuego abrasador aniquilaba  
las puertas de diamante,  
y el déspota orgulloso 30  
mientras fiado en la lealtad dormía  
de sus guardas, con ellos junto ardía.

Tal el desapiadado  
Lycaón, y tal el suegro de Linceo

sufren pena y tormentos inmortales; 35  
que no borran del pálido Leteo  
las aguas el pecado,  
ni se acaban los males,  
antes Alecto del azote armada  
cruda castiga la nación malvada. 40

Mas ora el inocente  
opaco bosque, y la floresta amena  
de Júpiter airado los rigores  
siente, y burla el perverso de la pena  
debida a sus horrores, 45  
y el cielo le consiente;  
Huyamos ¡ay! las tierras habitadas  
de iniquidad y vicios infectadas.

- V -

A Chabanó87

Las humildes mansiones  
desaparecen del linaje humano,  
y las nubes preñadas  
mis plantas huellan: lejos ¡oh profano  
vulgo! a ti no son dadas 5  
las sagradas armónicas canciones  
oír que Apolo inspira,  
no el oír los tonos de la acorde lira.

Rásgase el mortal velo,  
que al hombre siempre encubre tenebroso 10  
los sublimes arcanos,  
que intenta en vano escudriñar curioso;  
y a ti, Chabanó, en manos  
de la sabia Minerva, al alto cielo  
arreatado veo, 15  
cual lo fuera en otro tiempo Prometeo.

Las leyes de natura  
sublimes y sencillas, ilustrado  
con la antorcha Febea  
la Diosa ante tus ojos ha mostrado; 20  
cómo una misma sea  
la que del monte en la caverna oscura  
forma el oro y contiene

los mundos que en sus órbitas retiene.

El oro apetecido, 25  
que guerra y muertes trujo a los mortales  
y que escondiera en vano  
la tierra en sus entrañas: ya los males,  
la codicia, el insano  
furor a luz se muestran, del sumido 30  
pozo con él parecen;  
inocencia y candor desaparecen.

El mercader las naves  
avaro apresta; el Aquilón sañudo  
en vano se embravece, 35  
y las olas del mar azota crudo;  
el oro que se ofrece  
a su esperanza busca y las suaves  
playas trueca cuidadoso  
por el mar alterado y borrascoso. 40

No así bajo el reinado  
del buen Saturno; que en inalterable  
paz el mundo vivía,  
y la doncella tímida y amable  
su favor concedía 45  
por premio de sus ansias a su amado;  
mas ora la riqueza  
¡oh mengua! compra y goza la belleza.

- VI -

A Lícoris88

Después de un año entero  
Venus ¡ay! no te cansas de abrazarme,  
ni tú, Cupido fiero,  
con inmortal dolor de atormentarme,  
aunque en llanto sumido, 5  
y de pena me tengas consumido.

El congreso sagrado  
que en Francia destruyó la tiranía  
por otros sea loado,  
y del brazo francés la valentía, 10  
que hiende en un instante  
del despotismo el muro de diamante.

El pueblo su voz santa  
alza, que libertad al aire suena;  
el opresor se espanta, 15  
y la copa del duelo bebe llena  
que en crueza ceñido  
ya hizo apurar al pobre desvalido.  
¿Quién podrá dignamente  
cantar los manes de Rousseau, clamando 20  
libertad a la gente,  
del tirano el alcázar derrocando,  
la soberbia humillada,  
y la santa virtud al trono alzada?  
Que yo en amor ardiendo 25  
sólo a Lícoris canto noche y día,  
Lícoris repitiendo  
por la montaña y por la selva umbría,  
la cítara tocando,  
y de mis ansias el ardor templando. 30  
Los besos amorosos  
que cogí de su boca regalada,  
más dulces, más sabrosos  
que la ambrósia por Hebe derramada;  
su blanda resistencia 35  
que grata convidaba a más licencia.  
Y mis glorias pasadas  
canto por siempre ¡ay! ya desaparecidas,  
tan por mi mal halladas  
y cual tenue vapor desvanecidas. 40  
¡Oh tiempo, cuál volaste,  
y en qué dolor sumido me dejaste!

- VII -

### La Revolución Francesa

Suena tu blanda lira,  
Aristo, de las Ninfas tan amada,  
cuando a Filis suspira,  
y en la grata armonía embelesada  
la tropa de pastores 5  
escucha los suavísimos amores.  
Mientras mi bronco acento



dice del despotismo derrocado  
de su sublime asiento,  
y con fuertes cadenas aherrojado 10  
el llanto doloroso  
al pueblo de la Francia tan gustoso.

Cayeron quebrantados  
de calabozos hórridos y oscuros  
cerrojos y candados; 15  
yacen por tierra los tremendos muros  
terror del ciudadano,  
horrible baluarte del tirano.

La libertad del cielo  
desciende, y la virtud dura y severa; 20  
huye del francés suelo  
el lujo seductor, la lisonjera  
corrupción, el desorden;  
reinan las leyes con la paz y el orden.

El fanatismo insano 25  
agitando sus sierpes ponzoñosas  
vencido clama en vano;  
húndese en las regiones espantosas,  
y con él es sumida  
la intolerancia atroz aborrecida. 30

Dulce filosofía,  
tú los monstruos infames alanzaste;  
tu clara luz fue guía  
del divino Rousseau, y tú amastraste  
el ingenio eminente 35  
por quien es libre la francesa gente.

Excita al grande ejemplo  
tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados  
grillos, y que en el templo  
de Libertad de hoy más muestren colgados 40  
del pueblo la vileza,  
y de los Reyes la brutal fiereza.

- VIII -

La primavera

¿Ves, hermosa, la fuente que bullendo  
el céfiro meneaba blandamente?

Amor la agita: mira su corriente  
hacia el amado arroyo huir riendo.

Mira volar la abeja susurrante 5  
en torno de las violas olorosas,  
y su néctar le ofrecen amorosas,  
zagala; que es la flor también amante.

¿No escuchas gorgear los ruiseñores,  
de aguda flecha el tierno pecho heridos, 10  
y en melodiosos trinos no aprendidos  
explicar sus dulcísimos amores?

¿No ves las palomillas amorosas  
exhalar sus arrullos inflamados?  
¿Los pichones no ves enamorados 15  
responder en querellas cariñosas?

Todo es amor; la alegre primavera,  
al universo nueva vida dando,  
naturaleza yerta va inflamando,  
que Enero con su escarcha entorpeciera. 20

Y tú, por más que lo rehuyas dura,  
has de rendir a Amor el cuello erguido,  
que todo se avasalla ¡ay! a Cupido:  
tal es la ley eterna de natura.

- IX -

El amor rendido

Las pesadas cadenas  
del despotismo atroz ufano hollando,  
cantemos, lira mía,  
el acordado tono al cielo alzando,  
la presente alegría 5  
y las pasadas penas;  
libertad sacrosanta, tú me inspira;  
que sólo libertad suene mi lira.

Mientras fue mi morada  
la esclava Hesperia, del rapaz Cupido 10  
la flecha penetrante  
de aguda llaga el corazón ha herido;  
hoy peto de diamante  
a su punta acerada  
oponer quiero, y, de firmeza armado, 15

sus amenazas arrostrar osado.  
¡Oh deidad inclemente!  
¡Oh Cupido implacable! ¡Oh santo cielo!  
¿Qué beldad peregrina  
Viene a las Galias del hesperio suelo? 20  
¡Oh belleza divina!

A tus pies reverente  
me postro humilde, y ante ti rendido,  
Amor, confieso a voces, me ha vencido.

Al duro yugo atado 25  
la cerviz humillada, al fiero en vano  
perdón ¡ay Dios! le pido;  
que en mis lloros se ceba el inhumano,  
y al carro en triunfo uncido,  
con el dedo mostrado, 30  
el quebrantado cuerpo puede apenas  
arrastrar las gravísimas cadenas.

De mis ojos cansados  
huyó por siempre el apacible sueño,  
y en perenes raudales 35  
de amargo llanto el porfiado empeño  
de mis penosos males  
en mi daño obstinados  
¡ay! los ha para siempre convertido,  
y en quebranto inmortal ¡ay! me ha sumido. 40

Deidades sacrosantas  
que en Olimpo subido hacéis manida,  
muévaos mi humilde ruego;  
apagad en mi pecho la encendida  
llama de amante fuego; 45  
postrado a vuestras plantas,  
de vos aguarda un triste este consuelo;  
mas ¡ay! que al desdichado es sordo el cielo.

¡Oh deidad sobrehumana!  
A ti fue dado, hermosa, solamente 50  
la pasada alegría  
tornar ¡ay triste! al corazón doliente;  
ablanda, diosa mía,  
tu condición tirana;  
mira cuál a tus pies ruego amoroso; 55  
di una sola palabra, y soy dichoso.

- X -

A Carlota Corday

¡Oh pueblo malhadado!  
Con mil cadenas tu cerviz altiva  
amarrará a su carro la anarquía;  
de libertad te priva  
el padre de los dioses indignado, 5  
en pena de tu infame cobardía,  
hasta que con altares  
la diosa que ofendiste aplacares.

De Bruto el alma santa,  
rasgando las esferas celestiales, 10  
en ti vino, y tu diestra generosa  
de sus armas fatales  
a los tiranos, ciñe. ¡Ay! cuál levanta  
el vulgo vil al cielo su espantosa  
voz por su soberano, 15  
muerto, Carlota, por tu noble mano.

El fragoso camino  
es este del Olimpo; el inflexible  
Catón y Marco Aurelio por él fueron;  
por él siguió el terrible 20  
azote de los reyes, el divino  
Rousseau; por él los dioses concedieron  
escalar las moradas  
a las divinidades reservadas.

Salve, deidad sagrada; 25  
tú del monstruo Sangriento libertaste  
la patria; tú vengaste a los humanos;  
tú a la Francia enseñaste  
cuál usa el alma libre de la espada,  
y cuál sabe inmolar a sus tiranos; 30  
tú abriste la carrera,  
y en la lid te lanzaste la primera.

De tu pueblo infelice  
sé deidad tutelar: ¡Oh! no permitas  
que a la infame Montaña rinda el cuello. 35  
Mas ¡ay! que en balde excitas  
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice  
el brazo que le libra. ¡Ay! que tan bello  
heroísmo es perdido,  
y pesa más el yugo aborrecido. 40

Que en las negras regiones  
las Furias hieran con azote duro  
del vil Marat el alma delincuente;  
que en el Tártaro oscuro  
sufra pena debida a sus acciones, 45  
y del gusano eterno el crudo diente

roa el pecho ponzoñoso,  
¿será por eso el pueblo más dichoso?  
La libertad perdida  
¡ay! mal se cobra; en pos de la anarquía 50  
el despotismo sigue en trono de oro;  
su carro triunfal guía  
la soberbia opresión; la frente erguida  
va la desigualdad, y con desdoro  
el pueblo envilecido 55  
tira de su señor al yugo uncido.  
¡Oh diosa! los auspicios  
funestos, de la Francia ten lejanos;  
torne la libertad a nuestro suelo;  
así con puras manos 60  
los hombres libres gratos sacrificios  
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo  
donde asistes, clemente  
protege siempre la francesa gente.

- XI -

### El canto de Amarilis

Quitad allá las ciencias,  
dejadme mis amores.  
allá dispute el sabio,  
otro piense, y yo goce.  
Denme a mí de Amarilis 5  
oír los cantos acordes,  
que encienden en mi pecho  
mil amantes ardores.  
Que Florián a Trigueros  
le colme de loores, 10  
que Forner satirice,  
y Guarinos elogie;  
y que estas necesidades  
diviertan a la corte,  
¿qué a mí, que odio los lauros 15  
de Minerva y Mavorte?  
¡Oh, pueda yo beodo  
las suavísimas voces  
escuchar de Amarilis,

y arder en sus amores! 20  
La vida es deleznable,  
veloz el tiempo corre;  
pues gocemos placeres,  
y evitemos dolores.  
¿No ves marchito el prado, 25  
y secas ya las flores?  
¿No ves de escarcha y hielos  
coronados los montes?  
Unas en pos de otras  
se van las estaciones; 30  
la juventud con ellas  
¡ay! huye y los amores.  
Ligero el tiempo vuela;  
pues ¡ah! no le malogres.  
¿Qué sabes si más vida 35  
te conceden los dioses?  
Ya he visto yo los filos  
de las tajantes hoces  
segar la seca espiga  
con las lozanas flores. 40  
Vivamos y gocemos  
antes que triste llores  
tu engaño, y tu hermosura  
la llames y no torne.

Elegías

- I -

A Lícoris

Del airado Mavorte la crueza  
¡oh! no cantes, mi lira, ni la insana  
sed de sangre, el furor y la fiereza.  
Mas di de Venus, reina soberana  
de Pafos, el poder; di los amores 5  
y de las Gracias la belleza humana.  
Canta del dios vendado los loores,

de Cupido certero las doradas  
flechas, su blanda risa, y sus favores.

Deja, Cupido santo, las preciadas 10  
aras de Chipre, y en tu fuego ardiente  
enciende mis entrañas frías y heladas.

¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente  
súplica, por mi mal bien acogida!  
¡Oh condición de Amor cruda, inclemente! 15

Baja de Olimpo el pérfido, y fingida  
piedad muestra en su rostro y apostura  
dulce el falso, y sonrisa fementida.

«Del Betis a la orilla una hermosura  
(amarla es tu destino eternamente) 20  
te ofrezco; parte, corre a tu ventura».

Dijo y voló; yo loco en continente  
el Manzanares dejo, y desalado  
al Betis corro con anhelo ardiente.

Ya no hay más libertad ¡ay! ya aherrojado 25  
Lícoris en durísimas prisiones  
me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.

Yo triste los pesados eslabones  
arrastro, mientras que tormenta horrible  
levantan en mi pecho las pasiones. 30

Amor en fuego ardiente, inextinguible,  
me abrasa sin cesar; jamás la hoguera  
aparta, que esquivar me es imposible;

que el crüel me persigue por doquiera,  
cual cierva a quien fatal punta acerada 35  
el costado rompió con llaga fiera;

que el monte, el llano corre la cuitada,  
el doliente bramido al cielo alzando,  
del rabioso dolor siempre aquejada.

Así mi cruda pena va aumentando 40  
la aguda flecha con que Amor me ha herido,  
siempre el enfermo pecho lastimando;

la imagen de Licoris, el bruñido  
cabello de azabache, la alta frente,  
el sonrosado labio, el cuello erguido, 45

y el hablar, y el reír suavemente  
Amor grabó con punta de diamante  
en el mezquino corazón doliente.

Mora Licoris en mi pecho amante,  
Licoris mora en él; vos amadores, 50  
de Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores  
y a Lícoris festivos rodeando  
de guirnaldas la ciñen de mil flores.

El sangriento Cupido está aguzando 55  
la inevitable flecha, y falsa risa  
va por sus labios pérfidos vagando.

¿Quién de mi dulce bien vio la sonrisa,  
y cantar pudo la ambición, la guerra  
que los tronos trastorna, rompe y pisa? 60

Obra de un dios maligno es nuestra tierra;  
el duelo la pasea de continuo,  
que todo bien lejos de sí destierra.

Y cuando el placer muestra su divino  
rostro, nosotros necios le esquivamos, 65  
¡oh del error efecto el más indino!

Que la flor de la vida así pasamos;  
la vejez nos señala el tenebroso  
ataúd, que en vano tristes evitamos.

Gusta, Lícoris mía, el delicioso 70  
néctar de amor, agora que te es dado  
del tiempo del placer nuestro envidioso,  
y nunca sin desdicha despreciado.

- II -

A Amarilis

Soledad deliciosa, bosque umbrío  
¡ay, cómo en tu retiro busco en vano  
alivio al inmortal quebranto mío!

Me hirió de Amor la poderosa mano,  
de Amor la flecha aguda envenenada 5  
que contra mí lanzara el inhumano.

¡Oh mil veces feliz edad dorada  
en que fue la ternura y la firmeza  
del constante amador siempre premiada!

Agora al rendimiento, a la fineza 10  
se retribuye indiferencia fría,  
al obsequio humillado cruel dureza.

¿Qué mal dios en su cólera daría  
el siempre infame honor a los mortales,  
que tanto de natura los desvía? 15

Él el pudor nos trajo, él sus fatales  
leyes a Amor impuso, y él los bienes  
más dulces transformó en acerbos males.

De mi dulce enemiga los desdenes  
el acaso los causa, y hace en llanto 20  
mis ojos dos raudales ¡ay! perenes.



Sigue, Amarilis, de Cupido santo  
las leyes, del amor sigue el sendero  
exento de pesar y de quebranto.

Honor, de la natura comunero, 25  
ejercite en el vulgo su tirana  
dominación y su poder severo.

Tú escucha del Amor la soberana  
voz, que al deleite agora te convida;  
que esta la edad en su verdor lozana. 30

Huye la primavera de la vida  
cual un ligero soplo, un breve instante,  
y nunca torna si una vez es ida.

Vendrá ¡ay! la vejez corva, y el amante  
que agora sólo espira tus amores, 35  
y que esquivas más dura que diamante,

Lejos huirá de ti; de adoradores  
la turba que te cerca de contino,  
cual brillo suele de caducas flores  
tal desaparecerá; que del destino 40  
esta es la ley severa, inexorable;  
éste de la hermosura el hado indino.

Tal la purpúrea rosa, que al amable  
Céfiro abrió su seno, el soplo airado  
del vendaval deshoja, y despreciable 45  
yace y marchita en el florido prado.

- III -

La ausencia

De la eterna manida del lamento  
pálidos habitantes, malhadados  
reinos a do jamás cupo el contento,  
no; jamás vuestros dioses enojados  
tormentos inventaron que igualasen 5  
la ausencia a que me fuerzan ¡ay! los hados.

No plugo al crudo cielo que bañasen  
de Adur las ondas mis cenizas hiertas  
y plácidos mis manes reposasen.

Yace aquí un amador, yacen sus muertas 10  
esperanzas, el túmulo diría,  
su fe constante, y sus finezas ciertas.

Tal vez sobre mi tumba lloraría  
ceñido de ciprés un fiel amante  
de su ingrata señora la falsía. 15

Mi sombra en torno del sepulcro errante  
sus lloros enjugara, y su quebranto  
compadeciera, y su penar constante.

Bella Minerva Aglae, de tu llanto  
una lágrima acaso regaría 20  
los huesos de quien vivo te amó tanto.

¡Oh, cuál de tu dolor ufana iría  
mi alma a morar en los Elisios prados,  
y mi ventura alegre cantaría!

Jamás del dulce Orfeo los acordados 25  
tonos con mis canciones se igualaran;  
y fueran otra vez embelesados

del Tártaro los monstruos, y cesaran  
las ondas del Leteo su corriente,  
y las tremendas Furias se aplacaran. 30

Mas ¡ay! de ti, mi dulce bien, ausente,  
ronca suena mi lira, y triste lloro  
vierten mis ojos hechos larga fuente.

Estos mis cantos son: Minerva adoro;  
¿dó estás, Minerva Aglae? ¿no me entiendes? 35  
Sólo se escucha el murmurar sonoro

del Sena, y mis sollozos; ¿y no atiendes,  
ingrata, a mi dolor? ¿Y yo ando en vano?  
¿Y tú mi fuego más y más enciendes?

En esto que de ti me hallo lejano, 40  
Eco responde solo a mis querellas;  
yo en llanto amargo me deshago insano.

¿Por qué la Fama, di, pregona bellas  
de este Sena las Ninfas tan preciadas?  
¿Junto a Minerva Aglae qué son ellas? 45

De su hermosura así son eclipsadas,  
como del alma Venus la belleza  
sus émulas confunde despechadas.

El duro Amor ceñido de crieza  
la sigue a todas partes; con halagos 50  
el falso va escondiendo su fiereza.

¡Guarte, mortales tristes! ¡Qué de estragos!  
¡Cuántos de letal flecha son heridos!  
¡Qué días les prepara Amor aciagos!

Llévate ¡oh deidad cruda! tus mentidos 55  
favores, y tus glorias lisonjeras,  
y tórname mis bienes ¡ay! perdidos;  
¡Ay! tórname mi alma y paz primeras.

Traducción de Tibulo

(Elegía primera del libro segundo)

Los frutos y los campos consagremos;  
únanse vuestras voces a la mía,  
y el rito antiguo alegres celebremos.

¡Oh Baco! ¡Oh santo dios de la alegría!  
De pámpanos la frente coronada 5  
ven; y tú, madre Ceres, tú le guía.

Repose el labrador y la cansada  
tierra en el día solemne, y cuelgue ociosa  
la dura reja a la labor usada.

Libres los bueyes sean de la penosa 10  
coyunda, y sueltos pasten, coronados  
de adelfa entrambos cuernos y de rosa.

Todos nuestros afanes<sup>89</sup> sean sagrados;  
matronas y doncellas en tal día  
descansen de la rueca y los hilados. 15

¡Lejos del ara los que la ambrosía  
en la pasada noche habéis gustado  
y el néctar de la diosa de Idalía!

Pureza y castidad han agradado  
siempre a los dioses; puro sea el vestido; 20  
cada uno en lustral agua sea lavado.

Ved cuál al sacrificio conducido  
el cándido escuadrón lleva al cordero,  
y de lauro el cabello va ceñido.

Deidades tutelares del Hespero 25  
suelo, a vos la labranza, y labradores  
consagro; proteged ¡oh! mi lindero.

Fértil cosecha las frondosas flores  
¡oh! no anuncien en vano; la inocente  
oveja huya del lobo los furores. 30

Y el colono feliz, tranquilamente,  
viendo sus trojes llenas, descuidado  
y alegre al grande fuego se caliente.

De rústicos en torno rodeado  
los verá en juego levantar contentos 35  
chocillas con el mimbre más delgado.

Mas los dioses escuchan mis acentos;  
ved, ved cuál de la víctima el dichoso  
aspecto los anuncia al voto atentos.

Del padre Baco el néctar delicioso 40  
traed, y en torno brindemos y bebamos,  
ni entre un brindis y otro haya reposo.

Beodos el día festivo celebramos:  
¡Oh Baco! honren la fiesta tus furoros  
santos, y ni caídos nos rindamos. 45

Mas cantemos del vino en los ardores  
el nombre augusto de Mesala ausente,  
de yedra coronados y de flores.

¡Oh vencedor de la aquitana gente,  
noble Mesala! Tú que honras triunfante 50  
a tu abuelo y remoto descendiente;

tú propicio me inspira, mientras cante  
de los agrestes dioses los loores  
al compás de la cítara sonante.

Los campos canto, y sus habitantes 55  
celestes, que a trocar nos enseñaron  
la bellota en manjares mil mejores.

De palma los primeros levantaron  
al labrador la rústica cabaña,  
y de agostada hierba la techaron. 60

Al formidable toro con la maña  
astuta sujetaron al arado,  
y al bosque confinaron la alimaña.

Entonces la manzana se ha ingertado,  
y el seco huerto del humor sediento 65  
en el amigo riego se ha empapado.

También el viñador pisó contento  
en el ancho lagar la uva dorada,  
cantando a Baco en armonioso acento.

El rico don de Ceres, la tostada 70  
espiga de los campos la cogemos  
cuando lanza el León llama abrasada.

Al campo la sabrosa miel debemos,  
cuando a la abeja Hiblea sus panales  
de agrestes flores fabricar la vemos. 75

Del rústico trabajo los mortales  
fatigados cantaron dulcemente  
cantilenas en versos desiguales;  
y de la flauta al son plácidamente  
celebraron en himnos las deidades 80  
celestes y su brazo omnipotente.

Guió el grosero coro en las edades  
de oro, de mosto el labrador teñido,  
cantando de Lyeo las bondades.

El cabrito de Baco aborrecido 85  
le dio el pastor en don, que entonces fuera

por el cabrón el ható conducido.

Ornó de agreste flor la cabellera  
del lar antiguo el zagalejo ufano,  
cuando colora el Mayo la pradera. 90

Pace la oveja el abundoso llano;  
cubre el lomo el vellón, que de continuo  
de la doncella emplea la tierna mano.

La femenil labor del campo vino,  
de do el huso, la rueca y el hilado, 95  
al menos fuerte sexo útil destino.

Alguna que el trabajo ha fatigado  
de ti canta, Minerva, las loores;  
suena la lanzadera en tanto al lado.

En los amenos campos, entre flores, 100  
entre el galán novillo y el ligero  
potro nació también el dios de amores<sup>90</sup>.

Aquí se ejercitó también el fiero  
en lanzar el harpón ¡ay! diestramente,  
tan penetrable agora, y tan certero. 105

Y no el ganado, la doncella siente  
la cruda herida, y doma el inhumano  
la condición del joven más valiente.

El oro desperdicia el mozo insano  
por él; de su ingratisima aterido 110  
ronda las puertas el cascado anciano;  
y la doncella hermosa sin rüido  
las plantas mueve, y frustra la cuidosa  
madre que vela con atento oído.

Palpando por la estancia tenebrosa 115  
camina a do la atiende el fiel amante,  
y descansa en sus brazos amorosa.

Infeliz el que flecha penetrante  
hirió de Amor, y bienaventurado  
el que le vio este dios de buen talante. 120

Ven también a la fiesta, dios vendado;  
mas lejos de nosotros ten tu ardiente  
saeta; ¡ay! ten lejos el harpón dorado.

Cantad al dios de amor: abiertamente  
le invoque cada uno a la majada, 125  
y a su pecho le llame ocultamente,

o a voces el que quiera: ¿ya enredada  
no veis la tropa en fuegos amorosos,  
y la danza lasciva ya empezada?

Jugad, que los caballos tenebrosos 130  
unce la noche; el escuadrón lucido  
de astros ya la siguen silenciosos.

Y en pos viene el Morfeo adormecido,  
que las alas batiendo<sup>91</sup> tardamente  
espira sueño, y deja en él sumido 135  
el hombre y la alimaña juntamente.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

